

Nello Vecchio

Segno 333 (2012)

(traducción de Tomás Santiago)

# Vivir en Barbiana despi



“La Verdad, el Bien y la Belleza, como valores puros y auténticos en medio de las actividades de un ser humano, se producen mediante un idéntico y único acto: una determinada aplicación de la totalidad de la atención sobre un objeto concreto”. Por lo demás “la atención, en su grado más alto, es lo mismo que la oración. Supone fe y amor”. Pero “no sólo el amor de Dios tiene como sustancia la atención. De la misma sustancia está hecho el amor al prójimo. (...) En este mundo, los desventurados no necesitan de otra cosa más que de hombres capaces de dirigir hacia ellos toda su atención personal”.

Son palabras de Simone Weil (*La gravedad y la gracia*, *A la espera de Dios*). Me han venido a la memoria al llegar a la p. 73 del libro de Adele Corradi (*Non so se don Lorenzo*), donde la autora escribe:

*“Nada pasaba inadvertido en Barbiana.*

*He dicho una vez que Barbiana era una realidad peculiar. Ahora llevo a decir que allá arriba se vivía “en la atención”.*

*Cuando venían a visitarme mis hermanas, tenían la impresión de llegar a un mundo de soledad (...) Viviendo allá arriba, en cambio, se sabía que era una “soledad habitada” y quien la habitaba no estaba distraído, sino atento. Y el más atento de todos era el cura de Barbiana”.*

Ya había pasado, sin darme cuenta, por el detalle de que parecía que a él “le fuese natural estar atento” (p.19), pero sólo ahora he dado con mi clave de lectura para este libro singular. Cuando me he

percatado de hasta qué punto está salpicado de notó, advirtió, había comprendido, había visto, leyó en su rostro, adivinaba y sobre todo miraba, miró. La mirada, precisamente, de la que siempre habla Simone Weil: “Una mirada que ante todo es una mirada atenta, con la que el alma se vacía completamente de sí misma para acoger en ella el ser que está mirando, tal y como es, en toda su verdad. De semejante mirada sólo es capaz quien sabe prestar atención” (*A la espera de Dios*).

Necesitaba una clave de lectura, porque éste no es un libro sobre don Milani. Es, ni más ni menos, el libro de Corradi sobre su experiencia junto a don Milani en los últimos tres años y medio de su vida. Esto lo debe tener claro el lector y, además, la autora lo dice expresamente. La singularidad del libro consiste, sin embargo, precisamente en eso: que, sin ser un libro sobre don Milani, explica más cosas sobre



Visita salmantina a Barbiana en 1987. Desde la izquierda: Veredas, Oliva, Adele, Mercedes, Higinio, alumno Fontecha, Corzo, Inés, Lola, Merche y Felipe.

He aquí dos resonancias italianas del libro de A. Corradi, del que muchas revistas y periódicos italianos (*Corriere della Sera, Avvenire, La Stampa, L'Unità, Il Manifesto, L'Eco di Bergamo, Il Sole-24 ore, L'Espresso, La Repubblica...*) llevan hablando desde febrero 2012.

# erto y en la superficie

él, y con mayor claridad, que otros muchos. De hecho es una selección de fragmentos, unos brevísimos y otros más largos, y variados, que muestran (no relatan, más bien reconstruyen, ponen en escena con pocas pinceladas) episodios y vivencias de la “extraña familia” (p.118) de Barbiana: ocurrencias, choques, sucesos, delicadezas, enfados.

Aquí nos encontramos con lo que ya se sabe de don Milani: su obsesión por la escuela y la decisión de cerrarla, el amor “posesivo y celoso” (p.94) por sus muchachos, la sensibilidad disimulada, los enfrentamientos con la curia, la larga enfermedad. Sin embargo, mientras reaparece todo esto, se asiste a la composición de una figura conocida, pero vista por ojos que han sabido mirar mejor o, más bien, dibujada con una tonalidad más viva y más cálida, sin la mínima concesión a lo confidencial o al apunte edificante, incluso con buenas dosis de ironía. Pero me doy cuenta de que estas consideraciones valen para quien sabe ya mucho o lo suficiente de don Milani. Y, en realidad, precisamente esta naturaleza fragmentaria del libro lo hace también adecuado para un primer acercamiento al cura de Barbiana. Es decir, se puede comenzar por esta especie de retrato cubista para ir después en busca de una imagen más estructurada; y con este fin, la ausencia de toda clase de aparato (notas, explicaciones, índices) puede constituir un estímulo para saber más. Es decir, creo que al lector totalmente desconocedor del tema, y que imagino joven, no le molestará encontrarse con tantos nombres (sin apellido) que nada le dicen, sino que más bien se dejará atrapar por el desarrollo intenso y suave de estos recuerdos mucho más de lo que haría frente a una información exhaustiva.

Los recuerdos se cuentan con el cuidado y la precisión de quien formaba parte de aquella “extraña familia”, y con la autoridad derivada de una reserva sobre ellos mantenida e incluso cultivada durante 45 años (con muy raras excepciones), como explica Giorgio Pecorini en su testimonio final. En realidad, Adele Corradi

no rompe semejante discreción, incluso invita al lector a que comparta y comprenda sus razones. A él le corresponderá después, si quiere, acudir a las fuentes disponibles y hacerse una idea; aquí no encontrará ninguna revelación y ningún certificado de autenticidad; encontrará como mucho mayores motivos, además de los culturales y cívicos que todos proclaman, para profundizar en el conocimiento de este bendito don Milani extraño y mal conocido. Encontrará esos motivos, a través del filtro —o mejor, gracias al filtro— de una testigo que, en la reconstrucción de sus propios recuerdos, procede con la seca mirada de una personalidad firme, dotada de gran autonomía y, por ello, no solo capaz de confrontarse con otra personalidad también imponente, sino de afrontarla, una vez aceptada su exclusividad. Así se explica que en semejante libro la persona objeto del mismo pueda ser calificada repetidamente con epítetos como *tonto e insopportabile*.

Este confrontarse y enfrentarse no es nunca directo; lo es en raras ocasiones y sólo al final, quedando a salvo el sacramento de la confesión (Corradi se posiciona entre los “católicos practicantes, no los ‘comprometidos’”, p.23), y no concierne a la individualidad de cada uno. Es decir, no se da entre ellos lo que suele definirse como una “relación profunda”: “La relación entre don Lorenzo y yo —observa lúcidamente la autora— era, por el contrario, una relación en superficie; lo que no significa, naturalmente, que fuera superficial” (p.120). Es ese tipo de “superficie” en la que de hecho se desarrolla la vida misma y que, bien mirado, constituye la esencia de la primera carta de San Juan: una laboriosa atención —¡otra vez!— a los demás y a las situaciones, que evita rebuscamientos interiores (Milani: “A fuerza de exámenes de conciencia convierten en preocupación por sí mismos incluso el Cristianismo”, p.35). Por tanto, más que de profundidad, es preferible hablar de presencia y plenitud.

Siguiendo en esta línea, no sorprende que en Barbiana “tal vez se sufría, pero nunca nos aburríamos” (p.15), y se comprende

H  
a  
c  
e  
n  
  
c  
a  
s  
o



que don Lorenzo “no me dejaba en paz, me ponía en la paz” (p.45), y “encontraba siempre el camino para hacerme recuperar la paz. Siempre. Era liberador” (p.53). Y lo era, tal vez, precisamente por la fuerza de su estar presente en la realidad y por su plena humanidad, con todo lo que esto comporta; por eso “normalmente parecía feliz”, pero a veces “entraba la duda de que dentro hubiera también algo que no era felicidad” (p. 68). Quizás también su relación con Dios la llevaba “en superficie”, es decir, absolutamente enraizado en la situación que le había tocado vivir: decía de sí mismo, en efecto, que “rezaba demasiado poco: un *Padrenuestro* por la mañana y un *Ave María* por la noche” (p.56) y, por lo demás, “cuando hablaba de Dios en la intimidad, era como si hablase de una persona concreta, bien conocida, que todos saben quién es y de la que no es necesario ni decir su nombre” (p. 138-139). Anotación exquisitamente evangélica, como sobresale de la frase referida en este otro recuerdo:

*“De pronto me dijo muy serio: “¡Usted no creerá que yo piense que la salvación de un*

*alma depende de mí! ¡Yo no pienso, desde luego, que yo pueda cambiar el mundo!”.*

*Quizás, entonces, era absurdo trabajar como dos desesperados por no perder ni un minuto de nuestras jornadas.*

*Me daba cuenta sin embargo, en aquel momento, de que la idea de ser dos “siervos inútiles” me daba alivio y alegría”* (p.58).

La alusión a los “siervos inútiles” (Lucas 17,10) y la alegría que la acompaña explican también, a



*El MEM en Calenzano en 1988 para el XXXº de Experiencias Pastorales: por la izq., Felipe, Ángel, Gerardo, Corzo, Adele, Cus, Higinio, Javi y Alfonso.*

mi parecer, la particular perspectiva que hace valioso este libro. Moribundo, un día don Milani dice a sus muchachos: “Vosotros habéis sabido incluso desaparecer cuando era necesario”. Tales palabras, Corradi afirma haberlas conservado como un agradecimiento destinado a ella, y comenta: “Así pues, se había dado cuenta de ello, que había buscado desaparecer” (p.127). Y, gracias a esta opción suya de vida, ahora está en condiciones de ofrecernos lo suyo; con “mirada atenta”, al estilo Weil y Milani. Una mirada aguda y serena, de la que es imposible no estarle agradecido.

No sé si don Lorenzo pensaría que Adele Corradi, venciendo su pereza, ha escrito finalmente una obra de arte (“¡Usted no escribe una obra de arte porque es perezosa!”, p.107). Yo pienso que ha escrito un libro digno de él o, por lo menos —tiene razón Beniamino Deidda, en el otro testimonio final— que a él le hubiera gustado. En todo caso, estoy seguro de que es un libro bellissimo: esencial, pulido, verdadero, discreto, cruel, conmovedor, divertido, profundo, ligero. Bellísimo.